

hombres en Pavia. En tan crítica situación los imperiales hubieran sido perdidos y los Estados de Carlos en Italia corrido gran riesgo, sin una falta indisculpable de Francisco, y sin la enérgica, vigorosa y patriótica conducta de los jefes y de los soldados imperiales.

Mientras Francisco descuidó de perseguirlos, dejándoles fortificarse á espaldas del Adda, Lannoy empeñaba sus rentas en Nápoles para proporcionar algún dinero con que subvenir á las primeras necesidades de las tropas. Pescara empleó su inmenso prestigio y ascendiente en persuadir á los soldados españoles á que tuvieran la abnegación y dieran á Europa el magnánimo ejemplo de servir sin sueldo al emperador, y aquellos valientes guerreros accedieron á hacer este sacrificio en obsequio de su soberano y de un jefe que tanto amaban. El mismo Borbon empeñó todas sus alhajas para reclutar gente en Alemania, y volvió con doce mil lansquenets, á quienes sedujo su valor y su nombre, y la esperanza y perspectiva de los ricos despojos de Italia. El monarca francés, en lugar de perseguir á los imperiales por la parte de Lodi aprovechando los primeros efectos de la sorpresa, dejó á La Tremouille el cuidado de asediar el castillo de Milan, y él con el grueso del ejército pasó á poner sitio á la importante plaza de Pavia (28 de octubre, 1524), donde se hallaba, como hemos indicado, el español Antonio de Leiva, «oficial superior de una clase distinguida, de grande experiencia, bizarro, sufrido y enérgico (copiamos las palabras de un historiador extranjero), fecundo en recursos, deseoso de sobrepujar á los demás, tan acostumbrado á obedecer como á mandar, y por lo mismo capaz de intentarlo todo y sufrirlo todo por salir airoso en sus empresas (1).»

Comenzó el monarca francés por tomar y guarnecer todos los lugares vecinos á Pavia, y por cercar la plaza con fosos y vallados. Despues de combatida unos dias con su artillería, mandó dar un asalto (7 de noviembre), que costó la vida á los que le intentaron, contándose entre los muertos Mr. de Longueville. Al otro dia jugaron todas las piezas por espacio de siete horas sin interrupción; contestaban los de dentro con su artillería y arcabuceria, y con el estruendo de uno y otro campo parecia hundirse el mundo. Las brechas causadas por las baterías francesas eran instantáneamente reparadas por los sitiados, siendo Antonio de Leiva el primero á dar personal ejemplo de actividad, de arrojo y sufrimiento á soldados y habitantes. En los muchos combates que en los siguientes dias se dieron perecieron tantos franceses, que el rey Francisco ordenó que se suspendieran para ver de emplear otros medios y recursos. Uno de ellos fué el de torcer con muchas estacadas el curso del Tesino que defendía la ciudad por un lado; mas cuando ya estaba casi terminada la obra, sobrevinieron tan copiosas lluvias que la corriente arrastró todas las estacadas y reparos. Hizo tambien destruir los molinos de ambas riberas; pero el general español, previendo este caso, habia hecho construir molinos de mano suficientes para las necesidades de la poblacion. No teniendo con qué pagar los soldados, los repartió por las casas imponiendo á los vecinos la obligacion de darles de comer: y á fin de que no faltase moneda, al menos para los tudescos, que eran los mas impacientes, recogió toda la plata de los templos, y la hizo acuñar con un letrero que decia: *Los cesarianos cercados en Pavia, año 1524.*

Poco menos cercados que ellos los imperiales que con Lannoy y Pescara permanecian en Lodi, fortificándose lo mejor que podian, pero sin atreverse á separarse una legua de aquel punto, parecian tan ignorados de todos, que en la misma Roma se fijó un pasquin diciendo: *Cualquiera que supiere del ejército imperial que se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo, y darle han buen hallazgo: donde no, sepan que se lo pedirán por hurto, y se sacarán cédulas de excomunion sobre ello.* Mas no tardaron en dar señales de vida los que parecian muertos ó se pregonaban por perdidos.

Tenia el marqués de Pescara preparada una sorpresa, que ejecutó de una manera admirablemente ingeniosa. Un dia al amanecer llamó á todos los capitanes de infantería, y les man-

(1) Robertson, Hist. de Carlos V, lib. IV.

dó que sin ruido ni toque de tambor ni de trompeta recogiesen toda la gente en el castillo. A las nueve de la noche se presentó él en la fortaleza: el país se hallaba cubierto todo de nieve (eran los últimos dias de noviembre). Hizo el marqués que los soldados españoles, hasta el número de dos mil, se pusiesen sus camisas blancas sobre la ropa exterior. Mandó bajar el puente levadizo, y ordenó á los soldados que fueran saliendo por una puertecilla estrecha que daba al campo. Nadie sabia el objeto de la maniobra, mas como todos se agolpaban para seguir á su general donde quiera que fuese, *Salid despacio, hijos*, les decia el marqués: *que para todos habrá en el despojo; porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar, el de Francia, el de Navarra y el de Escocia* (2). Luego que hubo salido toda la gente, quedando solo la necesaria para la guarnición del castillo, el marqués de Pescara comenzó á marchar delante de todos, llevando consigo al del Vasto. Con la nieve y el lodo se les desprendía á los soldados el calzado, pero todos seguian sin dar la menor señal de disgusto al ver á su jefe delante. Faltarían como dos horas para amanecer cuando se detuvieron un tanto atemorizados al ver que tenian que vadear un rio. El marqués hizo colocar á la parte superior una hilera de caballos para que quebrantaran la corriente; se metió el primero en el agua medio helada que le llegaba á la cintura, y su ejemplo y dos solas palabras de animación bastaron para que ningún español vacilara en seguirle. Continuaron todos marchando á pié, hasta que al apuntar el alba llegaron cerca de los muros de Melzo, que era la plaza á que solos los jefes sabian y los soldados hasta entonces ignoraban que se dirigian. Melzo está á las cinco leguas de Lodi, y mas cerca de Milan. Con el silencio que guardaban los imperiales oyeron que uno de los centinelas del muro le decia á otro: *No sé qué cosas blancas veo moverse hacia aquella parte.—Serán*, contestaba el otro centinela, *los árboles nevados que se menean con el viento.*

En esto se oyó dentro de la poblacion el sonido de un clarín que tocaba á montar. Entonces el de Pescara se volvió á su gente, y dijo con mucho donaire: *Razon es, amigos, pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes vayamos á calzarnos las espuelas.* Y alentándolos á escalar el muro, cruzando el foso con el agua al pecho, él y el marqués del Vasto delante siempre, comenzaron los españoles á porfía á trepar la muralla apoyándose en las picas. Luego que hubieron subido varios, abrieron una puerta, por donde fueron entrando los demás en tropel á los gritos de: *¡España y Santiago!* que se confundian con los toques de las trompetas que sonaban en la plaza. El capitán de los de Melzo, Jerónimo Tribulcis, se encontró con el español Santillana, alférez del capitán Ribera, el que mas se habia distinguido en la batalla de Bicoca, y cuyas hazañas no habia en Italia quien no conociera (3). Rindió Santillana al conde Jerónimo Tribulcis despues de haberle herido mortalmente. Los demás fueron cogidos en la plaza y en la iglesia, muriendo pocos, pero sin escapar ninguno. Inmediatamente dispuso Pescara regresar á Lodi por el mismo camino, con los despojos, los caballos y los prisioneros de Melzo, á los cuales dejó pronto ir libres donde quisieran, para enseñar al rey de Francia cómo trataba él á los prisioneros, y ver si avergonzándole con este ejemplo templaba la

(2) Llamaba rey de Navarra á Enrique de Albret, el cual seguía, como el príncipe de Escocia, las banderas de Francisco I.

Tomamos muchas de las noticias referentes al célebre sitio y batalla de Pavia de una relacion escrita por un testigo de vista y sacada de un códice de la Biblioteca del Escorial. Se ha impreso en el tomo IX de la Coleccion de documentos inéditos, y parece que el obispo Sandoval debió conocerla ya, segun se explica en el lib. XI de su Historia.

Tambien hemos visto en la Biblioteca nacional otras dos relaciones manuscritas de la batalla de Pavia, que cotejadas con la que acabamos de citar, no creemos tengan otra variación sino estar estas últimas divididas en capítulos, y parece ser copias unas de otras. La señalada con T. 159, debe ser la que en el tomo 13 de la Coleccion de documentos inéditos se dice perteneció á los libros del P. Burriel, que regaló á la Biblioteca el P. Diego de Ribera, dedicada á don Pedro Dávila, marqués de las Navas, pues corresponden todas las señas.

(3) Habia en Italia un refran que decia: *Un capitán Juan de Urbina y un alférez Santillana.*

rudeza y mal trato que usaba con los españoles que caian en su poder.

A los pocos dias recibió el marqués de Pescara un mensaje del rey Francisco, diciéndole que le daría doscientos mil escudos porque saliese á darle la batalla. *Decid al rey*, contestó el de Pescara al mensajero, *que si dineros tiene, que los guarde, que yo sé que los habrá menester para su rescate.* No tardó en verse que lo que pareció solo una jactancia habia sido una profecía. Cuando se supo en Roma la aventura de los encamisados, se puso otro pasquin que decia: *Los que por perdido tenían el campo del emperador, sepan que es parecido en camisa y muy helado, y con doscientos hombres de armas presos y otros tantos infantes: ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?*

Entre tanto continuaba el sitio de Pavia, sin que apenas hubieran adelantado nada los franceses, gracias á la entereza, á las enérgicas medidas y al indomable valor de Antonio de Leiva. Sin embargo, todo el mundo opinaba que la plaza tendria que rendirse por falta de recursos, y porque Francisco I dominaba todo el país con un ejército brillante de cincuenta ó sesenta mil hombres. El papa Clemente VII, con color de ser medianero entre Carlos y Francisco, enviaba emisarios al rey de Francia y al campo de los imperiales, para que se informaran de las fuerzas y de las probabilidades de triunfo de cada uno, para decidirse en favor de quien mas viera convenirle, y entreteniéndolo á unos y á otros con buenas palabras, concluyó por favorecer con capa de neutralidad al francés, envolviendo en la misma conducta á la república de Florencia, y privando así al emperador de sus mas importantes aliados.

Afortunadamente esta misma confianza inspiró á Francisco I la loca idea de distraer su ejército en expediciones imprudentes, enviando al marqués de Saluzzo á reconocer á Génova, y al duque de Albany con diez mil hombres á Nápoles, expedición que consideró el virey Lannoy tan poco peligrosa, que no quiso destacar un soldado para impedirle, diciendo: «la suerte de Nápoles se decidirá ante los muros de Pavia.» En todo esto no hacia Francisco sino seguir como antes las inspiraciones de su favorito Bonnivet, menospreciando los consejos de La Tremouille, La Paliza y otros generales veteranos en las guerras de Italia; los cuales se asustaban de verse colocados entre el ejército imperial y la guarnición de Pavia, é instaban al rey á que renunciara al sitio. Pero el rey-caballero juró morir antes que abandonarle, porque como decia Bonnivet: *Un rey de Francia no retrocede nunca delante de sus enemigos, ni abandona las plazas que ha resuelto tomar.* Pronto iba á pagar la Francia entera la presunción, y las imprudencias y locuras de su rey (1).

Mientras él habia desmembrado de este modo sus fuerzas en expediciones insensatas, el duque de Borbon entraba en Lombardia con los doce mil lansquenets reclutados en Alemania con el favor del infante don Fernando, hermano del emperador; y se incorporaba á los imperiales en Lodi (enero, 1525). La mayor dificultad para los imperiales, y especialmente para la guarnición de Pavia, era la extrema escasez de viveres, de dinero y de municiones. Los tudescos, que constituian la mayor parte y eran los menos sufridos, amenazaban entregar la ciudad, y solo la sagacidad y firmeza de Leiva pudieron impedir una rebelión. En este conflicto, y con noticia que del apuro tuvieron Lannoy y Pescara, discurrieron cierto arbitrio para enviar algun socorro á los de Pavia, de que merecía darse cuenta.

Dos intrépidos españoles, el alférez Cisneros y su amigo Francisco Romero, se encargaron de esta peligrosa comision,

(1) Sismondi, *Hist. des Français*, t. XVI, p. 320.—Sin embargo, Champollion-Figeac (*Captivité du Roi, Introduction, pág. XIV*) sostiene que el rey, así para el sitio de Pavia como para aceptar la batalla consultó y oyó á los viejos generales, fundándose para ello en las palabras de unas cartas patentes de la duquesa de Angulema, gobernadora del reino (fecha 10 de setiembre), que así lo expresan. Nos sabemos hasta qué punto influiria en el texto de las letras patentes de la regente el interés de que no cargara sobre su hijo toda la responsabilidad de aquellos desgraciados sucesos (*Captivité*, pág. 312). Garnier, Sismondi, Sandoval, Robertson y otros historiadores convienen en lo primero.

ofreciéndose el primero á cumplirla con tal que le indultaran de la muerte que habia dado á un soldado, y por cuyo delito andaba prófugo. Puestos de acuerdo los dos, convinieron con el marqués de Pescara en que irian al campo francés y fingirian querer ponerse al servicio del rey Francisco por las causas que llevarian estudiadas: dos labradores del país, de su confianza, que irian á los reales franceses á vender ciertos viveres, llevarian cosidos á sus jubones los tres mil escudos que se queria enviar á los de Pavia, y con ellos se entenderian para tomar el dinero y meterse con él en la plaza cuando viesen ocasion. Con esto los dos soldados se pusieron las bandas blancas que distinguian á los franceses, y pasaron como tales por los puestos enemigos hasta llegar al real, donde tuvieron medio de presentarse al rey Francisco y ofrecerle sus servicios, que el monarca recibió con mucho beneplácito, y mas cuando manifestaron no querer recibir sueldo hasta acreditar que sabian ganarlo. En este concepto sirvieron varios dias, y aun pelearon como si fuesen franceses con los de la plaza, siempre estudiando una ocasion y entendiéndose con los labriegos vendedores. Cuando creyeron llegada aquella, con pretexto del frio cambiaron sus jubones por los de los labriegos en que estaban los tres mil escudos, diciéndoles al oído: «Si mañana antes de medio dia oís tres cañonazos en la plaza, id á Lodi y decid al marqués de Pescara que el socorro está en poder de Antonio de Leiva; si no los oís, decidle que hemos muerto.» Hecho esto, tomaron sus alabardas, se dirigieron de noche á una mina, degollaron á los dos centinelas que guardaban su entrada y salieron cerca del muro de Pavia: á los de la plaza que se asomaron al ruido les hablaron en español pidiendo seguro, y como no eran mas que dos, el capitán Pedrarias no tuvo dificultad en permitirles la entrada. Al dia siguiente tres estampidos de cañon en Pavia anunciaron á los labradores que los tres mil escudos habian llegado á manos de Leiva, y ellos corrieron á llevar la noticia á los imperiales de Lodi. Con aquel socorro Antonio de Leiva pagó á los imperiales tudescos, y uno de sus capitanes, de quien todavia desconfiaba, murió envenenado: borron que sentimos hallar en la vida del valeroso defensor de Pavia.

Dado el rey Francisco á los rasgos caballerescos y confiando en tanta y tan buena gente como tenia, envió otro reto al marqués de Pescara ofreciéndole veinte mil escudos y dándole el plazo de veinte dias para que se presentase á dar la batalla, y que si dejaba de hacerlo por no tener tanta gente como él, se comprometia á que fuesen tantos á tantos. Contestóle Pescara, que estaba pronto á ello con el consentimiento que ya tenia de su general en jefe el virey de Nápoles, y que dentro de diez dias juntaria hasta diez y ocho mil hombres, con los cuales pelearia en campo igual; y que respecto á los veinte mil escudos, los guardara para una ocasion que esperaba habia de venir. A esto respondió La Tremouille á nombre del rey, que era contento de salir con otra tanta gente, á condicion que los fosos de una y otra parte fuesen allanados, pero que le aseguraba que con la gente de Pavia no esperara juntarse aunque el plazo fuera mas largo. En fe de lo cual lo firmaba con su nombre y lo sellaba con su sello (13 de enero, 1525).

Preparáronse, pues, Lannoy, Pescara y Borbon á levantar el campo y á dar la batalla que tenia en expectacion á todo el mundo, de la que dependia la suerte de Italia y de Francia, y que iba á decidir la preponderancia de uno de los dos soberanos rivales. La gran dificultad era la falta absoluta de dinero para pagar por lo menos á los alemanes, que sin esto no se esperaba poderlos reducir á que se moviesen. En tal apuro el marqués de Pescara juntó una tarde á todos los capitanes de la infantería española, y en una enérgica plática les expuso la condicion de los tudescos y el conflicto en que con ellos se veía; que no solamente no habia sueldo que poderles dar, pero ni esperanza de recibir dinero de España ni de Nápoles, teniendo los franceses interceptados todos los caminos; que él mismo habia mandado empeñar ó vender sus estados de Venecia, pero que nadie se habia atrevido á realizarlo por temor á los franceses; que los jefes estaban prontos á dar todo su dinero, pero que esto era muy insuficiente recurso para tan gran necesidad. Así pues, los exhortaba y pedia que en tan solemne ocasion dieran al mundo un brillante ejemplo de des-



prendimiento y patriotismo, ejemplo que seria tan glorioso á España como á ellos mismos que tenían la fortuna de haber sido puestos allí por el mayor monarca del mundo para sostener su poder, renunciando su propio salario, y lo que era mas, dando cada cual una parte del dinero que tuviese para pagar á los alemanes; que bien se hacia cargo de que les proponia una cosa nueva y nunca vista, pero que haría se indemnizarian luego con el gran botin que tras la victoria les esperaba. «Por tanto, concluyó diciendo, yo os ruego que me respondais lo que pensais hacer en todo.»

La respuesta de los soldados españoles, despues de dar gracias á su digno general por la mucha estima que de ellos hacia, fué, que no solo se prestaban gustosos á marchar al combate sin paga, aunque tuvieran que vender las camisas para comer, sino que darian á los tudescos ochenta de ciento, ó seis de diez, segun lo que cada uno tuviese. Con lágrimas de placer oyó tan generosa contestacion el de Pescara, se procedió á recoger los dineros con su cuenta y razon, llevada por el contador del ejército, y se recaudó lo bastante para dar á cada tudesco un ducado de socorro (1).

Al día siguiente se hizo un llamamiento general á todas las tropas, y en la mañana del 24 de enero, encomendado al duque de Milan el gobierno y la guarda de Lodi, se desplegaron banderas y se movió el campo con gran ruido de trompetas y tambores. Llevaba la vanguardia con la caballeria ligera el marqués de Santángelo, caballero griego, gran servidor del emperador y muy estimado como guerrero. Seguía el virey Carlos de Lannoy, general en jefe de todo el ejército, con su rey de armas delante y las insignias de su dignidad. El duque de Borbon con setecientas lanzas y muy lucida gente de armas. El marqués de Pescara, acompañado de su sobrino el del Vasto, con seis mil infantes españoles. Seguía un escuadron de gente italiana, cuatro malas piezas de bronce y dos bombardillas de hierro, que era toda su artillería, y á retaguardia un escuadron de tudescos muy bien provistos de hermosas picas. Aquella noche se alojaron en Marignano, lugar gloriosamente célebre para Francisco I por haber ganado en él en 1515 la famosa victoria contra los suizos, que se llamó *el Combate de los Gigantes*. De allí torciendo á la izquierda camino de Pavía, se detuvieron á combatir la villa fortificada de Santángelo, siendo el marqués de Pescara el primero que despues de abierta la brecha entró al grito de ¡España! embrizada la rodela en que llevaba pintada la muerte. Tomado y saqueado el lugar y hecha prisionera su guarnicion, movióse al día siguiente (30 de enero) el ejército imperial hasta ponerse cerca del francés, y dando vista á Pavía.

Saludaron los franceses la aproximacion de los imperiales con una salva de cincuenta cañonazos. El rey Francisco reunió su consejo de generales para resolver lo que deberia hacerse. Los mas opinaron por atrincherarse en algun punto bien defendido, esperando que la falta de recursos y la desesperacion acabarian por disolver el ejército enemigo sin necesidad de combatirle. Pero Bonnavet, que parecia el hombre destinado á perder la Francia con sus consejos, insistió en que se diera el combate, representando el mal papel que hacia un rey de Francia retirándose á la vista de un enemigo inferior en fuerzas. El marqués de Pescara tomó el sistema de reposar de día é incomodar á los franceses todas las noches con rebatos, alarmas y falsos ataques que no los dejaban descansar. Así los tuvo cinco ó seis noches seguidas, hasta que llegaron á no inquietarse por aquellas aparentes embestidas, y cuando conoció que estaban ya desapercibidos por lo confiados, una noche los acometió de veras, penetró dentro de sus bastiones hasta su plaza principal de armas, mató mucha gente, recogió algun botin, y se volvió á salir con sus pocos españoles sin perder apenas un soldado. Estas acometidas las repitió algunas noches (2). Ya con esto empezó el monarca francés á temer

(1) Relacion de Fr. Juan de Ozmayo, sacada de un códice de la biblioteca del Escorial.—Sandoval, lib. XI, párr. 16.—De este rasgo de patriótico desprendimiento de las tropas españolas, ó no dicen nada, ó se contentan con alguna ligera indicacion los historiadores extranjeros.

(2) «Una noche, viendo yo algunas banderas, aunque fortificadas, fuera de la frente de todo el ejército, pedí licencia para dar en ellas al

aquellos mismos á quienes con tanta arrogancia habia retado, y á fortificarse mas y excusar la batalla, esperándolo todo de la falta de viveres y de dinero, así en el campo imperial como en Pavía.

En efecto, la escasez en el campo de los españoles llegó á ser tal, que no solo faltaba al soldado lo indispensable para el sustento de la vida, sino que no habia de dónde ni por dónde pudiera venirles, y en vano se destacaban gruesas partidas á buscar qué comer, pues volvian desfallecidos sin encontrar ningun género de vianda. En tal estado se celebró consejo general de capitanes. Los unos proponian ir á Cremona, donde hallarian vituallas, los otros dirigirse á Milan, y los otros marchar sobre Nápoles. Acudió entonces el marqués de Pescara á los recursos de su enérgica oratoria, que nunca habian dejado de ser eficaces, y les dijo: «Hijos míos, no tenemos mas tierra amiga en el mundo que la que pisamos con nuestros piés; todo lo demás es contra nosotros: todo el poder del emperador no bastaria para darnos mañana un solo pan. ¿Sabeis dónde le hallaremos únicamente? En el campo de los franceses que veis allí. La otra noche en la entrada que hicimos pudisteis ver la abundancia de pan, de vino y de carne que habia, y de truchas y carpiones del lago de Pescara, y de los otros pescados para mañana viernes. Por tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener qué comer, vamos á buscarlo allí; y si esto no os parece bien, decidmelo para que yo sepa vuestra voluntad.»—«Esto es lo que deseamos, contestaron á una voz los soldados, y no debeis pedirlo con lágrimas, sino decirlo con regocijo, y no lo dilateis mas, que cada hora se nos harán mil años.»

Aquella misma noche dió el marqués á todos los cuarteles la orden siguiente: que todos se vistieran la camisa sobre el uniforme; que los que tuvieran mas de una les dieran las otras á los tudescos; que los demás se hicieran capotillos de las sábanas y de las tiendas, y sombreretes blancos de papel los que pudiesen para que fueran todos conocidos (3); y que á una hora dada pusieran fuego á los pabellones y chozas, para que los franceses pensaran que huían y salieran de sus fuertes. Hecho todo así, movióse antes de amanecer y se puso en marcha el ejército. Avisado el rey Francisco de la grande hoguera que se veía en el campo de los imperiales, «eso es que huyen, respondió; preparar las armas para cuando venga el día, y los seguiremos hasta desbaratarlos ó arrojarlos de todo el Estado de Milan.» Cuando asomó el alma, ya los imperiales habian

duque y viso-rey; oviéronlo por mucho bueno; y así fui con doce banderas de españoles, y creo que les matamos obra de ochocientos hombres, aunque por otra escribí á V. M. seiscientos. La noche tras-esta me llegué al alojamiento de los tudescos con toda la arcabuzeria española, y aunque no quise que entrasen, que bien lo pudieran hazer, desde su reparo les matamos obra de trescientos hombres á arcabuzazos; y algunos días antes los de Pavía dieron en cinco banderas de Juanin de Médicis, las cuales tomaron, con muerte de mas de quinientos hombres de los suyos.....» Parte de la batalla de Pavía, dado al emperador por el marqués de Pescara, el mismo día 24 de febrero.

(3) En la citada Relacion se dan muy curiosas noticias sobre las vestimentas que llevaba cada cuerpo del ejército, y sobre los trajes y divisas de sus caudillos y capitanes. «Las camisas, dice, iban cogidas las mangas sobre el codo, y las haldas á las cinturas, y todos con bandas de tafetan colorado sobre las camisas.» La infanteria alemana «llevaba sobre el coselete é camisa una capilla de fraile francisco, de que mucho reian el viso-rey é aquellos señores.» *El virey* «iba muy bien armado con unas armas doradas y blancas: en el almete un penacho muy hermoso, colorado y amarillo; llevaba un sayo de brocado é raso carmesí muy lucido, sobre un caballo ruano muy bien encubierto, é todo de la mesma devisa.» *El duque de Borbon* «llevaba un sayo de brocado sobre un fuerte arnés blanco sin otra devisa ninguna.» *El marqués del Vasto*, «uno de los mas apuestos caballeros que en nuestro tiempo fué visto, iba armado de unas armas de veros azules y doradas muy bien labradas; una pluma en el almete, blanca y encarnada, muy hermosa, y un sayo de tela de plata, en un caballo castaño; una camisa muy rica con un collar de muchas piedras y perlas.» *El señor de Alarcon* «iba bien armado con unas sobrevestas de terciopelo negro, sin otra devisa ninguna.» *El marqués de Cívita de Santangel*, «sobre las armas un sayo de carmesí pelo, y los paramentos del caballo lo mismo.» *El marqués de Pescara* «iba armado de una celada borgoñona sobre un hermoso caballo tordillo que llamaba el Mantuano: no llevaba otra devisa sino la comun, y unas calzas de grana, y un jubon de carmesí raso, con una camisa rica de oro y perlas.»



Copia del pendon real de Carlos I de España, sacada de un dibujo hecho con presencia de dicha enseña cuando existia esta en la Armería Real de Madrid.



prendimiento... España... a quienes con tanta arrogancia había retado... España... y excusar la batalla, esperándolo todo de... y de dinero, así en el campo imperial como... en el campo de los españoles llegó a... el soldado le indispensable para el... de donde ni por dónde... gruesas partidas a... sin encontrar... se lebró consejo ge... a Cremona, donde... a Milan, y los otros mar... de Pescara a... habían dejado... no tenemos más tierra... nuestros pies, todo... del emperador no... Sabéis donde le... los franceses que... hicimos pudistela... que había, y de... de los otros, pesa... si meña... allí, y si esto... y vuestra volun... a una voz los... sino decirlo con... nos harán mill... los cuarteles... sobre el... las otras... de las sa... de papal los que... y que a una... y diez, para que... de sus fuertes... se puso en mar... de la grande hoguera... eso es que huyen;... tenga el día, y los... de todo el Estado... imperiales habían... diez bande... hombres, que llegó... aunque... los re... y Sicilia... de las campanas... de batalla... el campo... el campo... un fuerte arnés blanco sin... de las mas apuestos... de una arma de... en el almete, fleis... en un caballo... y perlas... de terciopelo... de Santangel, es... del caballo lo... de una celada Borgoñona... el Mantuano; no llevaba... y un jibón de carne...

(1) - Relacion de Fr. Juan de... del Escorial. - Sancho... deprendimiento de las tropas... con alguna ligera... (2) Ya con esta...



M. Pajadas Lit.<sup>o</sup> Montaner y Simon Edit.<sup>o</sup> J. Nicolau, copia

Copia del PENDON REAL DE CARLOS I DE ESPAÑA, sacada de un dibujo hecho con presencia de dicha enseña cuando existia esta en la Armería Real de Madrid.